

to, cultura, mezcla y modificaciones, de esas lenguas. Desde que el mundo es mundo se forman, se acumulan y se mezclan. Evolucionan solas. No necesitan ni de la intervención de maestros de lenguas ni de la intervención de gobiernos de escasa cultura.

Son, las lenguas, la fisonomía de los pueblos. Algo profundamente arraigado en su naturaleza física y espiritual que sólo cambia o desaparece por series de actos fisiológicos, realizados en períodos más o menos largos de tiempo, y que son análogos en su proceso a la incógnita y silenciosa formación subtelúrica de las piedras preciosas.

Son, las lenguas, cosa suprema que presiden las leyes naturales. No son los congresos ni sus criados, si en conflicto con la naturaleza actúan, los que logran imponer cambios de lenguas a los pueblos. Ningún fenómeno es más universal que las lenguas. Renán dijo: *siendo las lenguas producto inmediato de la conciencia humana, se modifican sin cesar con ella.* Para enseñar inglés a un pueblo, cuando al propósito colabora la naturaleza, lo primero que hay que hacer es modificar la conciencia de ese pueblo. Porque son ellas,—las lenguas,—grandes movimientos históricos que no pertenecen al libre albedrío de los hombres, sino a la materna, intrépida, naturaleza, proyectando la vida. Así, pues, si al pueblo de Puerto Rico cupiera como tributo de guerra el destino de perder su enérgica, cultísima y admirable lengua castellana, arrastrando en su ruina a su Parnaso, sería necesario analizar cuantos siglos pasarían para conseguir que se formara otra literatura con el nuevo medio de expresión que ofreciera el dialecto que actualmente, ante España y la gran galería de países hispanoamericanos, se está formando.

No parece que esa pérdida fuera muy bonito negocio para la buena antilla portorriqueña, ni tampoco que fuera muy dorada la página de la historia de los Estados Unidos en que a los mundos de lo porvenir se relatara. Por modesta que haya sido la literatura portorriqueña, que no lo es tanto como pudiera creerse, algún grado de cultura llegó a adquirir y algún aprecio debiéramos tenerle. De esa devoción está tanto más menesterosa cuanto que, ante la general inercia, no parece tener el mal muy eficaz remedio.

Ya que todo calla y se resigna, *escriban y publiquen* los escritores portorriqueños. Escribir, escribir, escribir en lengua castellana, y publicar cuanto sea posible esa producción, por más que sea tan pobre la publicidad en Puerto Rico: publicidad esa, tan rara, que hace célebres a todos los escritores del mundo, menos a los portorriqueños.

Escribir, escribir, escribir, y si es necesario, como dicen los poetas que hacen los cisnes: morir cantando, o, como Francisca en los cuentos de Hoffman: sobre el teclado.

Y al respecto, me apresuro a anunciar a mis contemporáneos la aparición en Nueva York, dentro de algunos meses, de cinco o seis volúmenes que contendrán una gran parte de la literatura hispanoamericana. Libros para los que han sido invitados a colaborar todos los escritores criollos, incluso los portorriqueños, cualquiera que sea el género de literatura que cultiven.

A ese propósito está respondiendo toda la América Española, y yo deseo ayudar a ese esfuerzo animando a los escritores de mi país a suscribirle concurriendo con su colocación a la cita. No debemos ser indiferentes con nuestros valores intelectuales. Puesto que hablé de Roma, imitémosla. Honró ella tanto a los suyos que tasó y vendió un día en una suma considerable el candil de Epitecto, célebre estoico. Tengan nuestros criollos ideas ya que no puedan tener fuerza. Recuerden con Michelet, que quien no posee ni la idea ni la fuerza, no existe más que por piedad.

La empresa a que aludo está bajo los auspicios de una comisión formada por tres poetas, un crítico, un cuentista y un norteamericano; comisión que ha dado su presidencia a Manuel Cestero, pensador y literato dominicano cuyo relieve intelectual es eminente.

La magnitud de la empresa da idea de la intelectualidad de esa misión, de la cual no tarde espero ofrecer un más detallado estudio.

No persigue ella un negocio, sino la realización de un noble ideal americanista ibero-americano. No serán los tomos de trabajos clasificados, sino figurarán en ellos los escritores conocidos o no. Tampoco serán recopilaciones críticas que analicen talentos, sino completo centón del trabajo literario de la gran América. Eso servirá, sin duda, a la apreciación crítica del tesoro intelectual que la materna España tiene en sus hijuelas oceánicas acumulado.

Así como para apreciar el estado de Francia no bastan los jardines de Versalles, para conocer la excelcitud de la intelectualidad ibero-americana no bastan ni Guillermo Valencia en Colombia, ni Santos Chocano en el Perú; ni Udón Pérez en Venezuela; ni Enrique González Martínez en México; ni Gabriela Mistral en Chile; ni Zorrilla de San Martín en el Uruguay; ni Santiago Argüello en Nicaragua; ni Ricardo Pérez Alfonseca en Santo Domingo; ni Virginia de Saint Pierre en Haití; ni Dulce María Borrero de Luján en Cuba; ni Leopoldo Lugones en la Argentina; ni Rafael Arévalo Martínez en Guatemala; ni Alfonso Guillén Zelaya en Honduras; ni Ronald de Carvalho en el Brasil; ni Miró en Panamá; ni Freyre en Bolivia; ni Brenes Mesén en Costa Rica; ni Gautier Benitez, ni Rafael del Valle, ni José de Diego en Puerto Rico, etc., etc... Esos grandes poetas son aspectos de la lírica de esos países, facetas del gran brillante andino.

Los editores de los libros en proyecto se proponen dar a conocer tanto en Europa como en los Estados Unidos, el movimiento actual de las letras ibero americanas. No serán selecciones en las cuales figuren sólo escritores consagrados por la crítica. En los volúmenes en cuarto, de a mil quinientas páginas cada uno, ediciones de cincuenta mil ejemplares, se hará figurar a todo aquel que acuda al llamamiento de la empresa. Las invitaciones se están haciendo por medio de trescientos periódicos y revistas. Lo único que se requiere para ocupar un puesto en la obra es que los trabajos que se envíen estén escritos en castellano bueno. Hasta ahora no se conoce realmente nuestro trabajo literario; sólo se tiene noticia de media docena de poetas y prosadores magníficos, pero que no representan el gran vigoroso conjunto de la literatura hispana en América.

Propónense los editores hacer figurar en los tomos no menos de mil quinientos literatos, y cada grupo de ellos irá precedido de una reseña sobre la cultura industrial, comercial, artística y literaria de cada país.

No se solicitan trabajos inéditos expresamente para la obra, sino ya publicados. Cada poeta puede remitir nueve poesías; cada cuentista, seis cuentos; cada dramaturgo, dos dramas; cada comediógrafo, dos comedias; cada ensayista, tres ensayos; y cada novelista dos esbozos que no pasen de cien páginas.

La publicación de los referidos tomos tiene a mi juicio singular importancia para la literatura portorriqueña, y debe ser por sus intérpretes aprovechada.

M. ZENO GANDÍA

*Noticia:* El Sr. Zeno Gandía es un notable novelista portorriqueño.